

Capítulo 1

La enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI y su realidad geopolítica



CAPÍTULO 1

La enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI y su realidad geopolítica

Los tres pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI presentan la enseñanza social de la Iglesia frente a la realidad geopolítica en la actualidad. Es pertinente considerar los aspectos fundamentales de la enseñanza social de San Juan Pablo II —en el presente siglo—, Benedicto XVI y el Papa Francisco, para luego ofrecer la respectiva interpretación teológica.

La caracterización de la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI implica la identificación de sus antecedentes históricos más próximos, la determinación de sus componentes esenciales y la diferenciación frente a la enseñanza social precedente. Este primer capítulo se ocupará de estos asuntos.

1.1. Antecedentes históricos de la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI

La enseñanza social de los pontífices San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco ha sido antecedida por la reflexión académica y la acción caritativa que vincula los datos de la revelación cristiana con la realidad social, ética y moral desde la última década del siglo XIX. La Doctrina Social de la Iglesia ha resaltado, a partir del pontificado de León XIII y de la encíclica *Rerum novarum* (1891), el valor de la persona humana por encima de cualquier sistema político y socioeconómico.

En esa oportunidad León XIII destacaba la salvaguarda de la salud pública como el objetivo primordial de los gobernantes. Esta noble tarea supone, en el plano social, la existencia de la paz, el orden y la justicia en conformidad con los mandamientos divinos y los preceptos de la naturaleza:

[...] los que gobiernan deberán atender a la defensa de la comunidad y de sus miembros. De la comunidad, porque la

naturaleza confió su conservación a la suma potestad, hasta el punto que la custodia de la salud pública no es sólo la suprema ley, sino la razón total del poder; de los miembros, porque la administración del Estado debe tender por naturaleza no a la utilidad de aquellos a quienes se ha confiado, sino de los que se le confían, como unánimemente afirman la filosofía y la fe cristiana. (1891, N.º 26)

El Papa León XIII había procedido también, en 1888, a la canonización de San Pedro Claver, misionero jesuita de origen catalán, que había servido heroicamente a los esclavos africanos que en el siglo XVII llegaban a Cartagena de Indias en condiciones infrahumanas. Para el pontífice representaba la historia personal más similar a la vida de Jesucristo, por su entrega desinteresada en favor de la recuperación de la dignidad humana.

Benedicto XV publicó a comienzos del siglo XX la carta encíclica *Quod iam diu* (1918) en la que se prescribían oraciones públicas por el congreso de la paz o reunión de los líderes de las naciones que estuvieron enfrentadas en la Primera Guerra Mundial (entre julio de 1914 y noviembre de 1918). En este documento el Papa destacaba que “[...] el armisticio que ha interrumpido el derramamiento de sangre y la devastación en la tierra, en el aire y en el mar ha dejado felizmente abierto el camino para llegar a la paz” (1918, N.º 1).

También promulgó en 1920 la encíclica *Pacem, Dei munus* acerca de la restauración de la paz en el contexto del fin del primer conflicto de alcance mundial. El pontífice advertía a los pueblos que se hallaban en disputa sobre la necesidad de reestablecer puentes de unidad a partir de la vivencia de los valores humanos y cristianos:

[...] no hay paz estable, no hay tratados firmes, por muy laboriosas y prolongadas que hayan sido las negociaciones y por muy solemne que haya sido la promulgación de esa paz y de esos tratados, si al mismo tiempo no cesan el odio y la enemistad mediante una reconciliación basada en la mutua caridad (Benedicto XV, 1920, N.º 1).

Aquiles Ratti fue nombrado por Benedicto XV como nuncio

1

2

3

4

apostólico en Polonia, luego de la Primera Guerra Mundial, prestando gran ayuda a las víctimas de la confrontación. También se desempeñó como visitador apostólico en Lituania y Letonia.

Al ser elegido pontífice tomó el nombre de Pío XI y publicó en 1931 la encíclica *Quadragesimo Anno* en la conmemoración del 40.º aniversario de promulgación de la carta *Rerum novarum*. El documento versa sobre la restauración del orden social en conformidad con la ley evangélica; para tal efecto, el pontífice abogaba por la vinculación directa de la realidad económica con el plano moral:

Aun cuando la economía y la disciplina moral, cada cual, en su ámbito, tienen principios propios, a pesar de ello es erróneo que el orden económico y el moral estén tan distanciados y ajenos entre sí, que bajo ningún aspecto dependa aquél de éste. (N.º 42).

Eugenio Pacelli fue enviado por orden de Benedicto XV a la nunciatura apostólica de Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Visitó en 1934, en condición de cardenal y secretario de Estado, las ciudades de Buenos Aires y Río de Janeiro. Asumió el nombre de Pío XII al ser elegido pontífice de la Iglesia y tuvo como lema *opus iustitiae pax* (la paz se obra con la justicia).

Se esforzó por evitar la Segunda Guerra Mundial (ocurrida desde septiembre de 1939 hasta septiembre de 1945); entre otros oficios hizo un llamado a los gobiernos en conflicto —el 24 de agosto de 1939—, con la intención de contener el inicio del enfrentamiento armado. En esa ocasión el Papa, a través de un radiomensaje, sentenciaba que la justicia no se alcanza con el poder de las armas sino de la razón; advertía que los imperios que no se fundamentan en la justicia no tienen la bendición de Dios y denunciaba el error de los que proponen el ejercicio de la política desligado de la moral:

È con la forza della ragione, non con quella delle armi, che la Giustizia si fa strada. E gl'imperi non fondati sulla Giustizia non sono benedetti da Dio. La politica emancipata dalla morale tradisce quelli stessi che così la vogliono. (párr. 6)

Pío XII fundó la Radio Vaticana en 1940 como instrumento de ayuda para brindar información sobre prisioneros y desaparecidos. Durante la posguerra gestionó servicios de asistencia en favor de las víctimas del conflicto internacional.

En la carta encíclica *Quemadmodum* (promulgada en 1946) el Papa Pacelli recalca el empeño que se debía tomar, en tiempos de posguerra, en el cuidado de los niños indigentes. El pontífice insistía en el dolor que le causaban las noticias acerca de niños inocentes que “faltos de lo más indispensable para la vida, se van en muchas partes consumiendo de frío, de hambre y de enfermedad, mientras que con frecuencia se ven abandonados de todos [...]” (párr. 2)¹.

Por medio de la carta encíclica *Optatissima Pax* (publicada en 1947) se realizaron exhortaciones para alcanzar la concordia entre las naciones que habían vivido la Segunda Guerra Mundial. Pío XII, preocupado por la necesidad de reconciliación entre los pueblos en conflicto, señalaba una prioridad en beneficio de la sociedad internacional: “[...] antes que nada, urge la pacificación de los espíritus, trayéndoles a la concordia fraternal, la comprensión mutua, a la recíproca colaboración” (N.º 5).

Giuseppe Roncalli, quien sería el sucesor de Pío XII, se desempeñó —por solicitud de Pío XI— como delegado apostólico en Bulgaria, Turquía y Grecia (entre 1931 y 1937); en este servicio logró estrechar lazos de amistad con creyentes de la Iglesia ortodoxa. Fue designado en 1951 por Pío XII como observador permanente ante la Unesco. Como pontífice tomó el nombre de Juan XXIII y recuperó, en la ceremonia del Jueves Santo, la tradición del lavatorio de los pies que había sido abolida desde Pío IX.

Juan XXIII fundó en 1960 el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los cristianos ante la necesidad de fortalecer los nexos ecuménicos y el vínculo de la paz entre los bautizados de distintas denominaciones cristianas. Este es un signo que representa el deseo auténtico de fraternidad entre los creyentes en Jesucristo, fundamental en la tarea de construcción de escenarios de concordia. El pontífice también promulgó dos cartas encíclicas de alto contenido social: *Mater et magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963).

¹ Es con la fuerza de la razón, no con la de las armas, que la Justicia se abre paso. Y los imperios que no se fundan en la Justicia no son bendecidos por Dios. La política emancipada de la moral traiciona a los que así lo desean (Pío XII, Radiomensaje dirigido a los gobernantes y a los pueblos en peligro inminente de guerra, párr. 6).

1

2

3

4

El Papa Roncalli propuso en el primer documento el amor persuasivo como instrumento para alcanzar la unidad; la superación de los contrastes y desequilibrios que se presentan entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado; la búsqueda del bien común universal que se relaciona con la comunidad humana supranacional. En síntesis, Juan XXIII vislumbró caminos de solución ante las desventajas socioeconómicas sufridas por numerosos pueblos:

[...] la universal solidaridad humana como el sentimiento de la fraternidad cristiana exigen, de manera absoluta, que los pueblos se presten activa y variada ayuda mutua, de la cual se seguirá no sólo un más fácil intercambio de bienes, capitales y hombres, sino además una reducción de las desigualdades que existen entre las diversas naciones (1961, N.º 155).

Juan XXIII, por medio de la carta *Pacem in terris*, destacó el orden de las relaciones civiles, políticas, internacionales y globales como condición necesaria para el alcance de la paz entre los pueblos. Señaló la búsqueda de la concordia como el punto de referencia fundamental para alcanzar el acuerdo de voluntades en contexto de múltiples diferenciaciones. El Papa establecía las condiciones fundamentales para lograr este propósito:

[...] la paz será palabra vacía mientras no se funde sobre el orden... basado en la verdad, establecido de acuerdo con las normas de la justicia, sustentado y henchido por la caridad y, finalmente, realizado bajo los auspicios de la libertad. (1963, N.º 167)

La labor teológica de Juan XXIII se relacionó directamente con las condiciones sociopolíticas posteriores a la primera mitad del siglo XX. Como fruto de ese esfuerzo logró convocar en 1962 el Concilio Vaticano II, que impulsó la vinculación de la tradición cristiana a la realidad contextual mundial. Este proceso de actualización se conoció como *aggiornamento* e implicaba la formulación de la verdad teológica y pastoral en términos contemporáneos sin alterar el contenido del depósito de la fe. El encuentro fecundo entre la fe cristiana y la cultura de fin del siglo XX suponía —en

términos conciliares— el establecimiento de presupuestos fundamentales de comprensión:

Todo lo que llevamos dicho sobre la dignidad de la persona, sobre la comunidad humana, sobre el sentido profundo de la actividad del hombre, constituye el fundamento de la relación entre la Iglesia y el mundo, y también la base para el mutuo diálogo. (Concilio Vaticano II, 1965, N.º 40)

Pablo VI continuó la obra conciliar adelantada por Juan XXIII. Al inicio de su pontificado, trazó las líneas fundamentales de su ministerio que se resumen en la promoción de la justicia social en continuidad con la doctrina de sus predecesores, la consolidación de la paz y la colaboración en la tarea de unidad de todos los cristianos.

Se destacó como el primer Papa en realizar viajes internacionales en los cinco continentes; visitó Tierra Santa (Jordania e Israel), India, Estados Unidos, Portugal, Turquía, Colombia, Suiza, Uganda, Asia Oriental y Oceanía (Irán, Pakistán, Filipinas, Samoa, Australia, Indonesia, Hong Kong y Sri Lanka). Este modo de aproximación a la realidad permitió al Papa Montini la valoración de la diversidad de culturas y de pueblos en los que la Iglesia hace presencia:

Estos viajes del Papa [...] manifiestan, de alguna forma, que los textos y las intenciones del Vaticano II —asumido por el Papa— son algo más que palabras, y que la Iglesia, por medio de su pastor, se interesa vivamente por toda su realidad y por todos los acontecimientos que tienen lugar en nuestro mundo. (Hughes, 1986, p. 386)

En el discurso dirigido a las autoridades civiles de Bombay resaltó la igualdad que caracteriza a los seres humanos como hijos de Dios y valoró el trabajo realizado por los gobernantes por exaltar su condición digna: “Todo esfuerzo hecho para mejorar las condiciones de vida y realzar la dignidad de la persona humana tiene nuestra cordial aprobación y aliento [...] que todos traten a los otros como querrían ser tratados por ellos” (Pablo VI, 1964, párr. 2).

1

2

3

4

Pablo VI intervino en la Asamblea General de la ONU en 1965. Promulgó en 1967 la carta encíclica *Populorum progressio* en favor del desarrollo justo, integral y solidario de los pueblos, aclarando que el deber de organización y cooperación “conciernen en primer lugar a los más favorecidos” (1967, N.º 44).

El Papa Montini visitó en 1968 el Consejo Mundial de las Iglesias, y se dirigió en 1969 a la sede de la Organización Internacional del Trabajo. Publicó en 1971 la carta apostólica *Octogesima adveniens* (dirigida al cardenal Maurice Roy, presidente de la Comisión Justicia y Paz), con motivo del 80.º aniversario de la encíclica *Rerum novarum*.

En este documento Pablo VI abordaba tres aspectos fundamentales: los nuevos problemas que se presentan en la civilización urbana e industrial, las aspiraciones de la humanidad y la propuesta del pluralismo en la unidad del amor como modo de articulación —en perspectiva cristiana— de las distintas representaciones sociales. El Papa Montini destacaba también el valor de la participación en la vida política inspirada en los principios democráticos: “[...] hay que inventar nuevas formas de democracia moderna, no solamente dando a cada persona la posibilidad de informarse y de expresar su opinión, sino de comprometerse en una responsabilidad común” (1971, N.º 47).

Giovanni Battista Montini fundó —en 1976— el Consejo Pontificio Justicia y Paz; creó en este mismo año el Pontificio Consejo Cor Unum para promover la acción caritativa en el tercer mundo y la ayuda a las poblaciones que sufren catástrofes.

Juan Pablo II adelantó su ministerio pontificio —como continuador de la obra apostólica de Pablo VI— en las dos últimas décadas del siglo XX, y concluyó su servicio petrino en 2005. Ofreció testimonio público de caridad el 27 de diciembre de 1983, al brindar directamente el perdón a Alí Agca, que había atentado contra su vida en 1981. Visitó naciones de los cinco continentes y expidió tres documentos magisteriales de importancia sociopolítica: Las cartas encíclicas *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991).

El Papa Wojtyla promulgó en 1981 la carta encíclica *Laborem exercens* al cumplirse el 90.º aniversario de la publicación de *Rerum novarum*. En el texto se destaca la alta dignidad del trabajo humano que implica el carácter solidario en bien de la familia y la sociedad; se subrayan los derechos de los trabajadores en el marco general de los

derechos humanos; se esbozan los elementos que deben considerarse dentro de una espiritualidad centrada en la labor humana.

Juan Pablo II señalaba —en su primera carta de índole social— el vínculo directo entre el respeto a los derechos fundamentales y la existencia de la paz, recordando el contenido de *Pacem in terris*: “El respeto de este vasto conjunto de los derechos del hombre constituye la condición fundamental para la paz del mundo contemporáneo” (1981, N.º 16).

En el discurso dirigido a la Asamblea del CELAM reunida en Puerto Príncipe (Haití) indicó la manera de anunciar el Evangelio en el contexto de la sociedad de fin del siglo XX. Este tipo de evangelización se caracteriza por ser “nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión” (1983, N.º III).

Fundó en 1985 el Consejo Pontificio para la Pastoral de los Agentes Sanitarios con el propósito de atender las problemáticas que se relacionan con el servicio a los enfermos. Convocó desde 1986 el encuentro internacional de oración en Asís, con la intención de sumar voluntades en el trabajo común por la paz.

Al cumplirse el 20.º aniversario de publicación de *Populorum progressio*, Juan Pablo II promulgó en 1987 la carta encíclica *Sollicitudo rei socialis*. El texto presentaba el panorama del mundo a finales de la década de los años ochenta del siglo pasado; la definición del auténtico desarrollo humano y la lectura teológica de los problemas modernos. Al respecto, el Papa indicaba que “un mundo dividido en bloques, presididos por ideologías rígidas, donde en lugar de la interdependencia y la solidaridad, dominan diferentes formas de imperialismo, no es más que un mundo sometido a estructuras de pecado” (1987, N.º 36).

En 1991 se cumplían 100 años de la expedición de la carta *Rerum novarum*. Para celebrar tal acontecimiento Juan Pablo II promulgó la encíclica *Centesimus annus* en la que se ofrecía el estado de la comunidad internacional a partir de la caída de “regímenes dictatoriales y opresores”; destacaba el derecho a la propiedad privada y al tiempo acentuaba el valor del destino universal de los bienes; señalaba la importancia del Estado de derecho como base primordial del ejercicio democrático y resaltaba la necesaria iluminación teológica de las realidades humanas. El pontífice de origen polaco señalaba que desde la fe “arranca la doctrina social de la Iglesia, la cual, valiéndose de todas las aportaciones de la ciencia y de

1

2

3

4

la filosofía, se propone ayudar al hombre en el camino de la salvación” (1991, N.º 54).

1.2. Características comunes de la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI

La enseñanza social de San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco establece la relación entre Dios, el hombre y el mundo con base en varios aspectos que determinan su cosmovisión o perspectiva universal de comprensión de la realidad. Estos factores configuran el corpus de su reflexión y demuestran la existencia de condicionamientos o preconceptos que enmarcan su criterio de abordaje de los contextos geopolíticos.

La estructura del pensamiento de cada pontífice está determinada por su configuración ontológica que lo sitúa en un marco de referencia específico frente al quehacer en el escenario social. De tal forma que su manera de apreciación de los objetos de conocimiento está referida a elementos esenciales que proceden de la experiencia de fe cristiana dentro de la tradición católica heredada en la etapa posconciliar.

Un pontífice es alguien que tiene profunda experiencia de Dios. Como ser religioso interpreta —con el auxilio de la razón— los acontecimientos que marcan el destino del mundo y que son producto —muchos de ellos— de la libre decisión humana. Su cristocentrismo le permite expresar la verdad del Evangelio, con alto índice de promoción del desarrollo humano, en los entornos geopolíticos.

A continuación, se ofrecen los componentes esenciales de la enseñanza social pontificia de las dos primeras décadas del presente siglo:

1.2.1. Aproximación a la realidad desde la reflexión creyente

Los tres sucesores de San Pedro de las dos primeras décadas del siglo XXI profesan la fe católica en su integridad, que se manifiesta esencialmente en los artículos del credo apostólico. Un conjunto de verdades dogmáticas caracteriza la vida y servicio ministerial de los pontífices:

La existencia de Dios, Uno y Trino, creador bondadoso del universo, capaz de manifestarse al género humano a lo largo de la historia y artífice del plan de salvación. En el culmen del proceso revelador de Dios se sitúa el acontecimiento de la Encarnación de Jesucristo.

En la plenitud de los tiempos y cumpliéndose las profecías mesiánicas contenidas en el Antiguo Testamento del pueblo judío, se produjo la manifestación al mundo del Hijo único de Dios; nació en tiempos de Herodes el Grande (rey de Judea) y fue sentenciado bajo el régimen del procurador Poncio Pilato y del emperador Tiberio Augusto.

Gracias a la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret — ocurridas en Jerusalén— se produce para el género humano la esperanza del perdón de los pecados y de la vida renovada en la gracia. Como Mesías ofrece la salvación a toda persona que decide aceptarlo por la fe y en condición de Señor posee la vida inmortal, plena de poder (junto al Padre y el Espíritu Santo).

Luego de cumplir históricamente su misión salvadora, Jesucristo envía el auxilio divino a su comunidad discipular y apostólica. El Paráclito ofrece testimonio a través de los creyentes en contexto de prueba y persecución que conduce al martirio. Diversidad de dones y carismas enriquecen a los bautizados en Cristo Jesús que también frecuentan —especialmente el domingo— la celebración de la fracción del pan eucarístico con la esperanza de alcanzar la vida eterna luego de su tránsito terrenal.

La Iglesia católica vive la comunión de los santos pues goza de la intercesión de quienes antecedieron al pueblo en la experiencia de fe en Cristo Jesús y participan de la gloria eterna que posee la Santísima Trinidad.

Los creyentes cristianos prefieren la vida celestial en la guarda de los mandamientos divinos, el servicio de caridad al prójimo, la celebración de los misterios sacramentales y la experiencia de la oración ungida. En este modo de existencia se cuenta con el ejemplo edificante de Santa María, virgen y madre de Jesucristo y de su Iglesia.

La enseñanza social de los pontífices tiene la condición de ser creyente porque surge del encuentro fecundo entre la fe católica y la razón. “Se trata de una realidad dinámica entre pensamiento y oración” que anima a “pensar rezando” y a “rezar pensando”. Implica la actitud humilde para “poner en sintonía” el corazón humano con Dios —siempre

1

2

3

4

mayor— hasta alcanzar “santidad de pensamiento y lucidez orante” (Francisco, 2015g, N.º 3).

1.2.2. Influencia de la Sagrada Escritura

Diversos tipos de textos bíblicos hacen parte fundamental de la enseñanza social de los tres pontífices del siglo XXI que se vincula directamente a la exposición y práctica de la misericordia como signo de veracidad y testimonio creíble. A continuación, se indican las categorías de escritos bíblicos más relevantes en la enseñanza social de Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco:

Los escritos referentes a la teología de la creación destacan a Dios como autor del universo y de la vida. Él es quien sustenta permanentemente con su providencia y encarga al ser humano como administrador racional de los bienes naturales porque es creatura excelsa (dotada de dimensión espiritual).

Los textos de reflexión sapiencial presentan el proyecto de vida personal dirigido al alcance de la felicidad en la aplicación práctica de la voluntad divina en la existencia comunitaria. Desde esta perspectiva, el creyente se comprende inserto dentro de un pueblo con derechos y responsabilidades que —a partir de la comprensión gradual de la coexistencia armónica— busca la paz y la prosperidad como gran fruto de la vida inspirada en la sabiduría.

Los escritos de carácter profético señalan la corrección de los abusos frente al prójimo como exigencia básica de la vida personal y colectiva. También indican el compromiso personal frente a los mandamientos divinos que no pueden ser suprimidos por la arbitrariedad humana y suponen la exposición de la verdad objetiva que llega hasta el testimonio martirial.

Los cuatro Evangelios —relatos acerca de la vida y obra de Jesucristo— inspiran la experiencia de la caridad como referencia fundamental de la existencia humana y distintivo básico del discípulo cristiano. Esta nueva valoración del prójimo procurada por los escritos neotestamentarios permite “salir del individualismo” y experimentar “el camino del compartir y de la solidaridad” en dirección fija hacia el servicio de los hermanos (Francisco, 2019g, N.º 13). La misericordia es el principio

vital que —por intervención trinitaria— conduce a la conformación de un nuevo tipo de pueblo (discipular y apostólico) que manifiesta su experiencia de fe cristiana en el amor oblativo y el perdón a los enemigos.

Los escritos paulinos aportan indicaciones precisas a la vida moral del cristiano en lo respectivo al sostenimiento de relaciones justas y la convivencia armónica dentro de la sociedad (1 Co 13, 9-14, 3-7; Rm 13, 8-10). La caridad —en cuanto que virtud— se presenta como la manifestación espléndida del encuentro transformante con Cristo que ha vivido el abajamiento kenótico y la exaltación señorial.

Los relatos joánicos y las cartas católicas exponen el amor cristiano como la máxima evidencia de la fe en Jesucristo y signo de transparencia de la verdad en el contexto de ambientes seculares (Jn 15, 9-14; 1 Jn 4, 7-1; 1 Pe 1, 22-23).

1.2.3. Referencia central cristológica

Como centro de la Sagrada Escritura se encuentra Jesucristo, Dios encarnado para la salvación del ser humano. Su vida, mensaje y obra son la base primordial de la enseñanza social de los pontífices del siglo XXI. Cada uno de ellos “ha hecho experiencia de Jesucristo”, y tal encuentro les ha impreso un sello o marca “que ha dejado abierta su sed, su ansiedad, su curiosidad, su vivir”; a este “objeto/sujeto de su amor” han decidido consagrar su vida “para poder compartirlo con sus hermanos” (Francisco, 2015g, N.º 2). Estos son los rasgos de la vida de Jesús de Nazaret que ofrecen mayor impacto en la obra de Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco:

La coherencia de palabra y obra —manifestada en la enseñanza de Jesucristo— permite que el anuncio del Reino de Dios sea respaldado con el testimonio correcto de vida; por tal motivo, los evangelistas afirman que su existencia se caracteriza por la realización continua del bien. Esta transparencia expresada en las acciones cotidianas le permite transmitir su doctrina con autoridad y bondad.

La oportuna atención a desvalidos y vulnerables de su tiempo implica el servicio continuo a enfermos, niños, mujeres y personas de recursos limitados. Junto a sus discípulos presentó alternativas de

1

2

3

4

solución para los segregados de la sociedad y procesos de recuperación de la dignidad perdida que configuran la nueva experiencia vital del Evangelio (la caridad), en la cual se presenta la sanación y nutrición del cuerpo y el alma como elementos fundamentales de la preservación del ser humano en el bien integral. Su invitación a la generosidad en favor de los más desfavorecidos se acompaña del anuncio del valor relativo de los bienes terrenos.

La propuesta de salvación incluyente se fundamenta en la oración por la unidad de los discípulos que se halla en el discurso de despedida (Jn 17). Sin embargo, la predicación del Evangelio no se restringe a su comunidad discipular, sino que autoriza a personas distintas para que anuncien su mensaje en medio de una sociedad religiosa fraccionada por el grupo fariseo, saduceo y esenio; este hecho marca el inicio de los contactos ecuménicos. Además, acepta el diálogo formativo con personas de origen griego (de procedencia cultural diversa) interesadas en su enseñanza.

La nueva propuesta del amor a los enemigos supera la antigua ley del Talión y erradica la violencia. Implica la plegaria continua en sintonía con el amor generoso del Padre Dios que acoge a todos sus hijos. Jesucristo ofrece —al entregar su vida en la cruz— el testimonio del perdón a quienes se le oponen.

El ejemplo de amor desinteresado y servicio oblativo que acompaña su existencia alcanza el límite de la donación entera de la vida. Se entrega voluntariamente como víctima sacrificial pura en rescate de su pueblo. Su martirio corona el proyecto de vida inspirado en el compromiso con el bien y la verdad.

La esperanza de vida renovada se concreta en el acontecimiento de la Resurrección. La eternidad alcanzada y ofrecida por Jesucristo abre nuevas posibilidades a la humanidad que anhela plenitud existencial. Se satisfacen las expectativas más nobles del ser humano en cuanto que la vida fundada en el amor auténtico (sacrificial) obtiene reivindicación sobreabundante (Col 1, 11-20).

1.2.4. Consideración del criterio soteriológico

La manifestación de Jesucristo y de su doctrina en el mundo está referida a la salvación de toda persona debido a la existencia de condiciones alienantes que reducen las posibilidades de realización integral. Durante las dos primeras décadas del siglo XXI se registran diversas formas de esclavitud (trata de personas, narcotráfico, trabajos forzados, detenciones ilegales) que constituyen estructuras de pecado social con la consecuente pérdida de la dignidad humana. Diversas conferencias internacionales han dado cuenta de esta problemática: por ejemplo, la realizada en Berlín en marzo de 2004; en el ámbito eclesial la cuestión fue abordada desde el Concilio Vaticano II en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* N.º 27.

Ante esta realidad se presenta el anuncio liberador del Evangelio en la enseñanza social de Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco que propone la primacía del ser frente a las tentativas de ubicación del tener, el poder, el aparecer y el placer como referentes absolutos de la existencia humana y comunitaria.

A fin de erradicar tales criterios —que se distancian del auténtico proyecto de vida— los pontífices ofrecen el anuncio salvífico de Jesucristo, estableciendo el mensaje kerigmático como prioridad dentro de la jerarquía de valor predicativo. Este tipo de expresión posee determinadas características: Destaca “el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa”; no impone la verdad; apela a la libertad y posee “notas de alegría, estímulo, vitalidad y una integralidad armoniosa [...]” (Francisco, 2013b, N.º 165).

Por tanto, la obra de la redención cristiana se sitúa en las condiciones actuales de existencia de la humanidad, a fin de potenciar las capacidades y aptitudes del ser en el proceso de constitución de la civilización inspirada en la caridad. Este es el sentido positivo de la recuperación personal alcanzada a partir del encuentro curativo con Jesucristo; en términos paulinos se verifica la existencia de un nuevo tipo de hombre reformado desde la intimidad de su ser hasta el plano social.

La implantación de los valores salvíficos del Evangelio en el contexto geopolítico puede verificarse —por ejemplo— en el alcance de los acuerdos de paz entre personas o grupos en conflicto, como el firmado en Colombia (2016) y Sudán del Sur (2020) que se registran en los informes de la Misión de Verificación y del Departamento de Operaciones

1

2

3

4

de Mantenimiento de la Paz de la ONU. Las intervenciones del Papa Francisco en tales procesos constituyen un signo del establecimiento de la propuesta del Reino de Dios en el interior de la comunidad humana bajo los principios de la reconciliación y la coexistencia no violenta. Así lo ha manifestado —en 2017— en su visita apostólica a la tierra colombiana y en la celebración —en 2019— de un retiro espiritual en Ciudad del Vaticano con líderes enfrentados de la nación sudanesa.

1.2.5. Atención a la Tradición y al Magisterio eclesial

La enseñanza social de San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco sitúa el amor trinitario como el fundamento primero de la Tradición eclesial. La bondad de Padre, Hijo y Espíritu Santo es el origen de la doctrina de fe respaldada por la acción caritativa que transcurre con constancia a lo largo de veinte siglos.

La caridad de los santos de la Iglesia (entre los cuales pueden citarse Santa María de Nazaret, San José, San Benito de Nursia, San Francisco de Asís, San Pedro Claver, Santa Faustina Kowalska, San Juan XXIII y San Pablo VI) hace posible que la experiencia de Jesucristo sea encarnada y percibida en las condiciones contextuales de determinada época de la historia. Estos hombres y mujeres, de diversa procedencia cultural, son los íconos de la misericordia divina en provecho del bienestar de la sociedad. Son protagonistas del acontecer de la Tradición en el siglo XXI, al proponer un estilo de vida cristiano a las nuevas generaciones; se convierten en enlace vital entre el pasado fecundo y el futuro promisorio.

El ejemplo de fe y bondad del conjunto de los bautizados ha sido revalorizado a partir de las reflexiones del Concilio Vaticano II. En este sentido, la eclesiología de comunión —desarrollada ampliamente en la etapa posconciliar— permite comprender a cada pontífice de las dos primeras décadas del siglo XXI insertado en la realidad de su pueblo porque ha heredado la experiencia de la fe “gracias al testimonio, la catequesis y la generosidad de tantos”. Este legado implica el reconocimiento del “sentido teológico” de la comunidad creyente y la pertenencia constante a la “conciencia eclesial” (Francisco, 2015g, N.º 1).

Los aportes de la Tradición eclesial son —en términos comparativos— las raíces que dan savia para que crezca un gran árbol: la

experiencia cristiana que se traduce como la vida inspirada en la humildad y la caridad. Constituyen la acción del Espíritu Santo que mueve a las almas nobles en su tarea de entrega oblativa.

La Tradición eclesial no representa para los pontífices del siglo XXI la percepción de un régimen estático. No es el recuerdo mudo o la retrovisión de realidades superadas. Es potencia dinamizadora de experiencias y horizontes novedosos que determinan mejores condiciones de existencia. San Juan XXIII y San Pablo VI, por ejemplo, han motivado en los pontífices del tercer milenio su gran compromiso en las tareas del desarme nuclear, el trabajo ecuménico en favor de la paz, la propuesta del desarrollo integral de los pueblos y el camino del diálogo constructivo para encontrar acuerdos. En síntesis, son visionarios de la civilización planetaria fundada en el amor de Cristo.

La influencia de San Juan XXIII y San Pablo VI se percibe en la enseñanza social de los pontífices del siglo XXI al proponer temas de reflexión —desde la segunda mitad del siglo XX— que aún siguen vigentes en el contexto internacional: La presencia de tensión bipolar y el riesgo de confrontación militar con empleo de armas atómicas; la preocupación por la concordia internacional y la promoción de acuerdos de paz; la necesidad de institucionalidad global que sirva como garante de la estabilidad entre los pueblos; el acercamiento a organismos internacionales con propósito de servicio al ser humano y su entorno; la presentación del desarrollo humano integral para el progreso de los pueblos; la creciente desigualdad económica entre las naciones; el acceso limitado a los avances científicos y tecnológicos; el aumento de la deuda externa de países pobres y en vías de crecimiento; la apertura al diálogo ecuménico e interreligioso; la responsabilidad de las instituciones estatales y privadas en la preservación de la dignidad humana.

La enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI se fundamenta en los aportes que —desde León XIII— realiza el magisterio de la Iglesia con la asesoría de expertos en distintas disciplinas de la realidad global. Este ejercicio académico se adelanta desde la última década del siglo XIX y ha conducido a la existencia de un tipo específico de literatura eclesial conocido como Doctrina Social que analiza las condiciones políticas y económicas de los pueblos en relación con la verdad ética y moral. Por tanto, se produce la implicación de la revelación evangélica en el contexto del orden mundial.

1

2

3

4

En la obra de San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco se destaca la incidencia básica del Concilio Vaticano II, evento eclesial de carácter universal que ha sido calificado como “un verdadero encuentro entre la Iglesia y los hombres de nuestro tiempo” o una oportunidad para “volver a tomar el camino para ir a cada hombre allí donde vive [...]” (Francisco, 2015i, párr. 5).

Este acontecimiento posibilita nuevos y eficaces modos de formulación de la verdad del Evangelio en contacto directo con la cultura contemporánea de los diversos pueblos; también fomenta la construcción de la civilización inspirada en la caridad y la fraternidad. En el proceso de acercamiento a la realidad global, los pontífices de este siglo valoran positivamente el sano testimonio ecuménico e interreligioso ofrecido como signo de buena voluntad por parte de representantes de otras confesiones. Este es un valioso aporte en la tarea de construcción de la sociedad fundada en el bien y la coexistencia armónica.

1.2.6. Novedad en la orientación epistemológica, filosófica y teológica

La enseñanza social de Benedicto XVI parte de la percepción fenomenológica de la caridad (ágape) que es abordada desde la verdad objetiva escriturística y aplicada por medio del método deductivo en las distintas áreas de la realidad. También plantea la *inadecuatio* o superación epistemológica de la caridad divina frente a la experiencia caritativa humana, en cuanto la primera está determinada por la perfección; en cambio, la segunda se establece dentro de los límites falibles de la existencia humana. Allí aparece el sujeto humano y social como artífice del fenómeno caritativo que se manifiesta en microrelaciones interpersonales o macrorelaciones entre corporaciones o entidades (empresas, estados, organismos multilaterales).

Emplea como recurso filosófico al personalismo que considera al hombre como ser en relación que se extiende hasta las dimensiones sociales. Se trata de un existente humano que es capaz de experiencia caritativa en cuanto que posee dimensión trascendente.

Por tanto, la persona se comprende dotada de dignidad intrínseca que por impulso de la esperanza (Gabriel Marcel) busca reivindicarla en

su trasegar existencial. Implica un compromiso efectivo con la realidad circundante (Romano Guardini) y alcanza la transformación de las estructuras incluso socioeconómicas a partir de la revolución del amor o del espíritu (Mounier). Además comprende la cultura como proceso de humanización permanente (Maritain).

Benedicto XVI plantea el enfoque clásico del humanismo cristiano ofreciendo la visión interdisciplinar del acontecimiento social que implica la relación entre verdad y caridad, teología y ciencias sociales. Realiza una síntesis que orienta el desarrollo auténtico de los pueblos y la solución de la problemática política, económica y social.

Su orientación teológica se ubica en la perspectiva humanista de inspiración agustiniana en la cual Dios ilumina, en el corazón humano, su Verdad absoluta que es comprendida existencialmente en el amor o caridad. La razón aparece como colaboradora fundamental al señalar el bien objetivo querido por Dios. Para tal efecto, ésta debe purificarse continuamente.

El hombre, por medio de la caridad, construye continuamente el proyecto de “ciudad”. En este sentido, es “ciudadano” si implanta los valores del Reino de Dios en medio de la comunidad humana. Se trata de una búsqueda universal que implica la obtención de la unidad y de la paz.

El Papa Francisco se ubica dentro de la vertiente epistemológica realista. Determina la condición objetiva de la historia y del marco social (pueblo), considerando la dinámica permanente del decurso temporal. Esta perspectiva permite hallar la condición mutable de las instituciones (reforma) y de los principios deontológicos que se subordinan siempre a la garantía de la dignidad personal.

El principio metodológico inductivo parte del análisis sincrónico y diacrónico del devenir cultural que somete a estado crítico los hechos reales (*in situ*). Este desvelamiento progresivo de la verdad (*aletheia*) produce asombro y recurrencia al lenguaje alegórico o poético que genera influencia en la teología narrativa. Este modo de transmisión de la verdad supone la recurrencia a casos o experiencias singulares que deriva en el empleo de la parábola como recurso literario. Se trata de la relatoría que supera la cuantificación técnico-científica.

La filosofía contemporánea aporta al Papa Francisco la reflexión de la antropología de énfasis humanista que resiste críticamente al intelectualismo desde tres ámbitos: el personalismo de Guardini, la

1

2

3

4

corriente dialógica de Buber y la apertura comunitaria de Lévinas y Zubiri. El Santo Padre se identifica con la postura personalista en cuanto que presenta la alegría fecunda del corazón humano y la reciprocidad caritativa evidenciada en la donación. Cultiva la aspiración a la auténtica libertad y la búsqueda de la polifonía de la verdad como fomento del auténtico desarrollo personal.

En cuanto al enfoque dialógico, el Papa destaca la disposición al diálogo en contexto de diferencias intersubjetivas que confluyen en la ubicación de la tierra como patrimonio común de los pueblos y la recuperación de los valores (amor solidario) para alcanzar la comunión. Esta postura reclama la acción cocreadora en el mundo.

La consideración de la apertura comunitaria implica la presencia del espíritu liberador de opresiones sociales que minimizan la dignidad humana y suscita el interés por los despojados y víctimas. Este enfoque favorece la aceptación de la interlocución válida del prójimo y la validación de la condición asimétrica e irrepetible de cada persona.

Las anteriores condiciones permiten la preservación de la unidad en contextos de diversidad poliédrica y la conservación de la identidad en medio de la pluralidad. Para tal efecto se recurre a la memoria histórica como condición primordial de la génesis cultural que se asocia a un lugar geográfico en particular. Por tanto, en el devenir temporal se labra la constitución identitaria de un pueblo determinado en el cual prevalecen factores comunes de la realidad antropológica universal (valores) que potencian la coexistencia y la cohesión social.

Se trata, entonces, de una posición realista que prevalece sobre el postulado idealista sin que se renuncie a la utopía jalonada por la esperanza ni se olvide el dato existencial puro como fundamento gnoseológico de la verdad social (ser en sí). Esta visión conjuntiva de los fenómenos sociales sobrepasa el análisis atomizante y disgregador. Implica, en cambio, la comprensión de la existencia compleja que incluye aportes interdisciplinarios en los cuales se verifica la superación de la reducción técnico-científica y la adopción de otros modos de conocimiento (artístico, literario y religioso) para la captación integral de la realidad.

El Papa Francisco parte de una orientación conocida como “teología del pueblo” que comprende a la Iglesia, misterio de origen trinitario, a partir de su concreción histórica caracterizada por la condición peregrina y evangelizadora en la cual trasciende el carácter institucional.

Comprende el análisis de la realidad histórica y cultural con apoyo de la ciencia hermenéutica, a fin de obtener el discernimiento sapiencial con la ayuda de la caridad (Lucio Gera). A partir de este enfoque fundamenta la cultura del encuentro como producto de la consideración de opuestos que generan unidad vital, representada en la realidad poliédrica, capaz de conservar la originalidad de cada parte constitutiva.

1.2.7. Aplicación en el contexto geopolítico del siglo XXI

Los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI desarrollan su enseñanza social en el contexto geopolítico que surge luego de la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética.

Se relaciona con la existencia de poder hegemónico de los Estados Unidos en el hemisferio occidental, pero con la participación de otros actores que ganan protagonismo económico, militar y estratégico como la Unión Europea, el conjunto de naciones del sudeste asiático y los países petroleros del Medio Oriente. Junto con estos bloques de importancia notoria coexisten otras sociedades que registran dependencia y subdesarrollo.

San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco abordan la problemática geopolítica de comienzos del siglo XXI que se caracteriza por la presencia del sistema capitalista vinculado al autoritarismo hegemónico que conduce a situaciones de exclusión y darwinismo social. También se constata el fenómeno de reacción conocido como socialismo del siglo XXI que agrupa diversos movimientos en el Foro de Sao Paulo, bajo la influencia de China y Rusia. Este panorama diverso en las esferas de poder actual plantea la existencia de la multipolaridad política y económica. Ante este panorama global los pontífices realizan aportes en distintas áreas de interés geopolítico con la pretensión del establecimiento de un orden mundial armónico:

La preservación de los principios democráticos y la promoción de los derechos humanos como base fundamental de la vida civil.

La atención multilateral al fenómeno migratorio creciente producido por la presencia de diversos conflictos tanto endógenos como internacionales y la existencia de factores de exclusión social.

La reactivación del terrorismo a escala internacional que manifiesta

1

2

3

4

el carácter extremista del fundamentalismo islámico proveniente del Medio Oriente y las corrientes nacionalistas y ultraderechistas de Occidente. Esta realidad ha potenciado la activación de sistemas de seguridad que pueden acentuar la xenofobia a escala global.

La creciente inversión militar que consume altos porcentajes del PIB de numerosos países a nivel mundial con la consecuente pérdida de posibilidad de desarrollo social. Las nuevas tecnologías de la industria bélica demandan volúmenes de capital que servirían para reducir los amplios índices de marginación urbana y rural.

La deformación de la sociedad de consumo que desata el despilfarro de recursos asociados a la cultura del entretenimiento en procura de la satisfacción de necesidades no básicas y que se puede vincular a conductas delictivas como la trata de personas y el narcotráfico.

La devastación ecológica motivada por la presión de conglomerados económicos de carácter transnacional que hallan en los recursos naturales una fuente exclusiva de utilidad financiera.

La dinámica geopolítica comprendida por los pontífices del siglo XXI reclama la intervención de los organismos internacionales y de los movimientos sociales en procura de un orden mundial más cooperativo y multipolar que oriente la interconexión de sistemas de información, flujos de recursos y comunidad de personas hacia el alcance del desarrollo humano integral que supone mejores condiciones de vida a nivel global. Por tanto, se asiste a un cambio de paradigma al reinventarse el diseño geopolítico fundado en el individualismo competitivo; se obtiene —en cambio— una nueva arquitectura geopolítica inspirada en la cooperación internacional.

Los pontífices de la Iglesia católica del presente siglo han manifestado —ante distintos entes gubernamentales y entidades internacionales— una serie de propuestas y aportes que se concretan en la valoración del ser humano como principio básico de todo interés geopolítico.

Su enseñanza social está referida, por tanto, a las condiciones actuales de la realidad y presenta como vértice la virtud de la caridad cristiana, capaz de respuesta ante la problemática y los desafíos del mundo contemporáneo. Este núcleo caritativo es el principio de “las macrorelaciones” que comprenden las instancias “sociales, económicas y políticas” (Benedicto XVI, 2009a, N.º 2).

1.2.8. Visión autocrítica del cuerpo eclesial

La enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI mantiene vigente la concepción *semper reformanda* de la Iglesia católica, entendida como realidad histórica necesitada de continua renovación de sí misma a partir del modelo original cristiano. Este proceso de mejoramiento de las estructuras y prácticas de la comunidad católica —sociedad religiosa de carácter global— permite servir de referente moral a la comunidad internacional en el contexto geopolítico actual.

El servicio caritativo al prójimo y la manifestación de la bondad cristiana son las primeras condiciones de la reforma eclesial adelantada en este siglo por San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco. Estas premisas de comportamiento implican el rechazo de toda forma de conducta inspirada en el egoísmo personal que genera consecuentemente la sanción social. También se relacionan con la atención a los signos del mundo contemporáneo y a la inserción directa en la problemática de los pueblos.

El llamado a la austeridad y el uso racional de los bienes hace parte fundamental de la autocrítica eclesial ejercida por los pontífices del siglo XXI en el marco del plan de conservación y distribución equitativa de los recursos planetarios. La comunidad católica —por medio de estas prácticas— vincula su experiencia de fe a la necesidad del compromiso ecológico integral.

El combate contra las conductas delictivas en el interior de la comunidad de bautizados ha aumentado su importancia en el marco de la enseñanza social pontificia de este siglo. El abuso de menores, la malversación de recursos económicos y el empleo de violencia son fenómenos que tienden a disminuir en las estadísticas globales ofrecidas por la Iglesia católica. Este hecho demuestra el compromiso eclesial con la comunidad internacional en la lucha contra realidades que impiden el auténtico desarrollo humano. En este sentido, los pontífices proceden a la “denuncia toda forma alienante”, invitando “a despertar la conciencia adormecida”. Están atentos “a todo aquello que puede dañar y destruir a los suyos” (Francisco, 2015g, N.º 3).

1

2

3

4

1.2.9. Proyección creíble del humanismo cristiano

La figura y obra de cada romano pontífice de la Iglesia católica —en este siglo— representa ante el mundo la expresión auténtica del humanismo inspirado en Jesucristo que se respalda con el testimonio vital virtuoso. Esta dimensión icónica implica “una nueva visión” en el ámbito “fraterno y solidario de las personas y de los pueblos” que es “capaz de sostener la unidad” en “las condiciones políticas y culturales actuales” (Francisco, 2019b, N.º 5-6).

La enseñanza social de los pontífices en el siglo XXI reúne aspectos esenciales del humanismo cristiano que son inspiradores de una nueva plataforma de relaciones geopolíticas en dirección hacia una sociedad internacional solidaria:

La promoción de la civilización de la caridad y la cultura de la vida son el fundamento del proyecto global de convivencia que se inspira en el valor insustituible de la persona humana por encima de cualquier principio ideológico o criterio técnico. El plan existencial llega a su plenitud en el ejercicio comunitario de la bondad como resultado de la preservación de la matriz antropológica de la sociedad.

Desde esta perspectiva se sitúa la búsqueda de la paz y la propuesta permanente del diálogo como vía correcta en la resolución de conflictos que permite actualizar el mensaje del Evangelio en el escenario posible de la coexistencia armónica de los pueblos.

El cultivo de mejores condiciones de existencia comunitaria permite el surgimiento del verdadero desarrollo humano que garantiza la reivindicación del valor supremo de la dignidad personal. La cooperación ecuménica e interreligiosa —valorada en la enseñanza social pontificia de este siglo— constituye una poderosa fuerza multinacional capaz de generar procesos constructivos de cambio social en el concierto geopolítico del Tercer Milenio.

El protagonismo global alcanzado por la enseñanza social de los pontífices del siglo XXI permite identificar un nuevo tipo de liderazgo inspirado en el Evangelio de Jesucristo que ofrece a la comunidad internacional una perspectiva geopolítica realizable de inspiración humanista capaz de preservar en forma óptima las condiciones de vida en el entorno social y natural.

1.2.10. *Aggiornamento* permanente de las expresiones eclesiales

La actualización continua de las expresiones de la enseñanza social, manteniendo íntegro el depósito de la fe, en el contexto de la realidad geopolítica contemporánea, permite a los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI entablar diálogo creativo y constructivo en el orden social. El *aggiornamento* expresa “continua vitalidad” que implica “llevar el ‘hoy’ de nuestro tiempo al ‘hoy’ de Dios” sin que se produzca “ruptura con la tradición” o reducción de la fe en beneficio de la opinión pública, la moda temporal y el subjetivismo (Benedicto XVI, 2012, párr. 5).

Los numerosos cambios que se producen en el siglo XXI exigen nuevas formas de adaptación en los distintos órdenes de la vida civil y la enseñanza social pontificia atiende a tales requerimientos, especialmente en los siguientes aspectos:

La interconectividad en tiempo real que acerca a las personas e instituciones, lo que genera redes de información de alta densidad de contenido y rapidez de flujo de datos. Se asiste a una nueva cultura digital que acelera los procesos de comunicación y tiende a la virtualización absoluta o réplica total de la realidad física.

La interrelación con estamentos de alcance global conduce a la unificación de criterios en pro del alcance de mejores estándares de vida humana y el acuerdo de voluntades en temas cruciales para la adecuada existencia personal bajo el criterio del respeto del mundo natural.

El acercamiento permanente a la realidad de las diversas culturas induce a perspectivas amplias de pensamiento que derivan en el respeto, la valoración de las diferencias, la coexistencia pacífica y la construcción común de civilización. Esta manera de comprensión del rico patrimonio ancestral y comunitario permite el proceso de constitución de escenarios dialógicos de importancia geopolítica al suprimir la competitividad agresiva y promover el desarrollo armónico universal.

La reingeniería de procesos conduce a la simplificación y economía de recursos con altas implicaciones éticas, políticas y financieras. Esta tendencia a la optimización de las operaciones tiene como base el principio preservativo de la calidad de vida humana. En ningún modo puede entenderse como un producto de la instrumentación técnica con miras a la suplantación del protagonismo personal sino

1

2

3

4

como un conjunto de procesos que propenden hacia la recuperación de espacios de constitución de la identidad personal, familiar y colectiva con el consecuente estado de bienestar individual y comunitario.

La enseñanza social de San Juan Pablo II en la última fase de su pontificado (2000-2005), Benedicto XVI (2005-2013) y el Papa Francisco (2013 hasta el presente) representa un compendio de pensamiento cristiano y humanístico que se ha proyectado a través de diversas fuentes documentales.

Entre éstas se destacan textos, entrevistas, cartas encíclicas, exhortaciones postsinodales, cartas apostólicas, intervenciones, discursos, mensajes anuales y homilías. Este abundante insumo de investigación académica ha sido redactado con la participación de equipos de colaboradores que hacen parte de la casa pontificia y que promueven el acercamiento de los principios cristianos a la realidad geopolítica contemporánea, realizando aportes significativos para el alcance del desarrollo humano integral de los distintos grupos poblacionales que integran la comunidad internacional.

1.3. Diferencias frente a la enseñanza social de los pontífices precedentes

Desde el pontificado del Papa Francisco se registran diferencias específicas frente a la enseñanza social precedente. Varios puntos de reflexión cobran especial importancia en sus formulaciones: el mayor énfasis de la dimensión ecológica que implica la preservación de los hábitats naturales, entendidos como “casa común” de la humanidad; la apertura al diálogo con organismos internacionales de carácter financiero, entre los que se destaca el Banco Mundial, el Foro Económico Mundial y el Fondo Monetario Internacional; la aplicación práctica de los principios del Desarrollo Humano Integral que se concreta en la creación y servicio de un nuevo Dicasterio de la Curia Romana; la institución —desde 2016— de la Jornada Mundial de Oración para el Cuidado de la Creación (con participación ecuménica); la expedición de mensajes pontificios en los Encuentros Mundiales de los Movimientos Populares; la promoción de la Jornada Mundial de los Pobres.

Los anteriores aspectos de la enseñanza social representan

novedades significativas en comparación con el legado pontificio que transcurre desde León XIII hasta Benedicto XVI. Estos temas constituyen un insumo de capital importancia para la sociedad del siglo XXI en relación con la verdad humanizadora del Evangelio.

1.3.1. La primera encíclica de temática ecológica

El aspecto ecológico se percibe como nuevo centro de interés en la enseñanza social pontificia del siglo XXI con la presentación de la carta encíclica *Laudato si'*. En el documento —ofrecido al público en 2015— se realiza un acertado diagnóstico del estado del planeta en cuanto a los alarmantes índices de contaminación, la realidad del cambio climático, el deterioro o extinción de las fuentes hídricas y la pérdida de la biodiversidad. Esta condición de la existencia planetaria se vincula directamente a la reducción de la calidad de vida y a signos evidentes de degradación del tejido social que afecta —en primer lugar— a los más pobres de todo el mundo. Este fenómeno se agudiza ante el establecimiento de modelos inadecuados de desarrollo económico y la vigencia social de la llamada “cultura del descarte”.

El texto pontificio propone, ante la “deuda ecológica” provocada por el desequilibrio comercial establecido entre el hemisferio Norte y el Sur, el origen de un nuevo tipo de reflexión que se enmarca en la ética de las relaciones internacionales o se inscribe en la órbita reflexiva de la moral geopolítica. Las grandes multinacionales extractivas de recursos naturales aún tienen cuentas pendientes con las comunidades nativas de naciones subdesarrolladas que han extremado sus cifras de impacto ambiental y social. Este es un aspecto profético de la encíclica que resuena en defensa de quienes registran mayor vulnerabilidad.

El Papa confía en el enriquecimiento que brinda —con el fin de solucionar la compleja crisis ecológica— la relación fecunda entre distintos órdenes de conocimiento, como la religión y la ciencia, la fe y la razón, la enseñanza eclesial y las cuestiones sociales. Esta gran síntesis “[...] debería identificar posibles escenarios futuros, porque no hay un solo camino de solución. Esto daría lugar a diversos aportes que podrían entrar en diálogo hacia respuestas integrales” (Francisco, 2015a, N.º 60).

En el proceso de búsqueda de alternativas que procuren mayor

1

2

3

4

cuidado de los recursos naturales debe superarse la exclusiva comprensión técnico-científica y destacar —en cambio— el carácter invaluable de los bienes de la creación. Se trata de una realidad que sobrepasa el cálculo humano porque se enmarca en el plan amoroso del Padre Dios. En este sentido, “el medioambiente es un bien colectivo” (Francisco, 2015a, N.º 95) que es herencia patrimonial de todos los pueblos bajo el compromiso responsable.

Con el fin de alcanzar el cometido de la conservación sensata del entorno creado se requiere de la constitución de un nuevo tipo de humanidad fundada en valores éticos profundos capaces de elevar la condición de existencia personal por encima de los intereses estrictamente consumistas y competitivos. Debe establecerse —para tal efecto— la vinculación armónica entre el conocimiento y la libertad en procura de un modo de vida que otorgue mayor sentido de auténtica felicidad, inspirada en la coexistencia pacífica entre pueblos y mundo natural.

Un nuevo modelo cultural se propone al comienzo del siglo XXI que se concreta en los principios de la ecología integral que implica aspectos ambientales, políticos, económicos y sociales en los cuales se requiere la participación efectiva de la comunidad internacional que garantice la aplicación de acuerdos que influyan concretamente en el acontecer de cada nación del planeta.

1.3.2. El diálogo con organismos multilaterales de carácter financiero

El acercamiento a organismos internacionales del orden financiero se destaca en la enseñanza social de la Iglesia adelantada por el Papa Francisco. Este tipo de diálogo no tiene precedente en la tradición eclesial anterior. Tres instituciones de importancia global se incluyen en estos contactos: El Banco Mundial, el Foro Económico Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

En 2013, el presidente del Banco Mundial, el surcoreano Jim Yong Kim —médico y antropólogo, experto en desarrollo internacional— asistió a una reunión con el Papa Francisco en el Vaticano. Ambos líderes acordaron unir esfuerzos en favor de la reducción de la pobreza y la creación de oportunidades para los más vulnerables en cuanto que

se cuentan más de 1000 millones de personas afectadas alrededor del mundo. Se trata de un imperativo moral categórico que obliga a plantear escenarios futuros de acción en los cuales se destaca la compasión ante el más necesitado. Como solución a las causas profundas de la pobreza trazaron varias metas, entre las que sobresalen la mayor atención a la educación, los servicios médicos, los empleos dignos, la promoción de la mujer y la juventud.

Jim Yong Kim expidió una declaración en 2015 ante la aparición de la encíclica *Laudato sí'*. El líder surcoreano reconoce que el documento papal presenta una acertada relación entre el fenómeno del cambio climático y la existencia de pobreza a nivel global que debe conducir al establecimiento de obligaciones morales y éticas. También destaca la pertinencia del momento de promulgación de la carta pontificia pues ha antecedido a la cumbre de París en la que se han dispuesto políticas protectoras de personas y del medioambiente.

Desde 2014 —en el mes de enero— el Santo Padre ha dirigido anualmente un mensaje al Foro Económico Mundial que se celebra en Davos, Suiza, conducido por el empresario alemán Klaus Schwab, fundador y presidente ejecutivo. En el evento intervienen jefes de gobierno de diversas naciones y participan líderes de compañías de más de 100 países; la Santa Sede es representada por el Cardenal Peter Kodwo Appiah Turkson, prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

En el primer comunicado pontificio, destinado a la reunión de Davos, el papa argentino plantea el problema de la exclusión social ante la crisis económica y los avances tecnocientíficos.

Indica que se requiere de un criterio de decisión política y económica que conduzca a “la promoción de un enfoque inclusivo que tenga en cuenta la dignidad de toda persona humana y el bien común” (Francisco, 2014b, párr. 3). Sugiere la apertura a la trascendencia en el nuevo tipo de mentalidad para garantizar el verdadero avance de la sociedad global.

En 2020, el Santo Padre invita a los participantes del Foro Económico Mundial a velar por el cuidado de los integrantes de la comunidad mundial como obligación moral urgente. Solicita considerar la dimensión ética en las propuestas de alternativa futura de solución que comprenden la posibilidad de realización del humanismo integrador que

1

2

3

4

genere mayor solidaridad con los más pobres y el alcance del desarrollo integral para buscar el bien común; en este escenario de participación la persona ocupa el centro del quehacer político y no los intereses utilitarios y materialistas.

La Academia Pontificia de Ciencias Sociales coordinó —en febrero de 2020— la Conferencia sobre Nuevas Formas de Solidaridad que contó con la participación de Joseph Stiglitz (premio nobel de economía), Guy Ryder (director de la Organización Internacional del Trabajo), ministros de finanzas de varios países y Kristalina Georgieva, directora del Fondo Monetario Internacional. El evento promovió la reflexión sobre un nuevo enfoque económico que responda a la creciente desigualdad provocada por los daños al medioambiente y la globalización.

La líder del FMI recurre en su alocución a palabras textuales del Papa Francisco para referirse a las nuevas prioridades dentro del acontecer económico mundial: “La primera tarea es poner la economía al servicio de los pueblos” (Francisco, 2015e, N.º 3). Destaca el llamado a ser “ministros” con criterio de apertura a los demás, empleando “una mentalidad abierta y un buen corazón” (Georgieva, 2020a, párrs. 3-5). Formula, además, tres acciones que favorecen el avance de la comunidad internacional: La promoción de la cultura de la solidaridad, el fomento de la globalización de la esperanza y el cuidado de la casa común.

La intervención del Papa Francisco —en el evento celebrado en el Vaticano— se centra en la crítica a la “globalización de la indiferencia” o inacción de quienes detentan mayor poder económico. Esta realidad se expande por la existencia de “la idolatría del dinero, la codicia y la especulación” (Francisco, 2020d, párr. 8) pero puede ser vencida por la alianza entre economía y solidaridad que es reconocida por los Objetivos del Desarrollo Sostenible como camino viable de ayuda a pueblos postergados. También plantea el Papa Bergoglio la necesidad de “una nueva ética” que promueva el establecimiento de puentes de diálogo a partir de la existencia de “la cultura del encuentro” como camino de resolución de conflictos y la implantación de “las bases sólidas de una nueva arquitectura financiera internacional” (Francisco, 2020d, párr. 24).

1.3.3. Aplicación práctica de los principios del Desarrollo Humano Integral

La doctrina pontificia sobre el desarrollo ha alcanzado desde Pablo VI un despliegue considerable en cuanto que tres encíclicas han conformado un conjunto armónico que permite caracterizarlo en detalle. La *Populorum progressio* insiste en el carácter integral del desarrollo de los pueblos pues involucra a todos los seres humanos y a la totalidad de la estructura personal; no sólo tiene en cuenta su dimensión económica, sino que implica también el aspecto solidario de la humanidad (Pablo VI, 1967, N.º 14 y 43).

La *Sollicitudo rei socialis* afirma que deben tenerse en cuenta los aspectos culturales y la dimensión trascendente para que el desarrollo humano sea auténtico, en conexión con el respeto de los derechos humanos. Este carácter moral también incluye la protección de los seres de la naturaleza (Juan Pablo II, 1987, N.º 32, 33 y 34).

La carta encíclica *Caritas in veritate* advierte que el desarrollo humano integral en la caridad y la verdad se encuentra en riesgo bajo la existencia del control demográfico, la contracepción y el aborto. El verdadero progreso cultural debe excluir la mentalidad antinatalista; ha de fundarse en el respeto a la vida y en la preservación de la defensa de la libertad religiosa, evitando la visión restringida del destino personal (Benedicto XVI, 2009a, N.º 28 y 29). La crisis cultural y moral que experimenta el mundo entero exige la revisión profunda del sentido de la economía y del modelo de desarrollo para garantizar la salud ecológica del planeta (Benedicto XVI, 2009a, N.º 32).

El Papa Francisco no elabora una carta encíclica sobre el desarrollo humano al estilo de los pontífices precedentes. Aprovecha una intervención ante Caritas Internationalis para complementar sus notas características fundamentales. El Santo Padre relaciona el desarrollo humano con el servicio de la caridad al prójimo que se comprende como hijo de Dios y destaca la presencia de Cristo en la figura del pobre, entablando una lucha frontal contra la cultura del descarte y la indiferencia. Indica que la falta de atención espiritual al marginado constituye discriminación (Francisco, 2019e, párr. 3).

En abril de 2017, en el marco de la celebración del 50.º aniversario de la encíclica *Populorum progressio*, el pontífice argentino dedica un

1

2

3

4

discurso para resaltar la condición integral del desarrollo. Implica el aporte mutuo de los distintos pueblos del planeta, teniendo en cuenta los diversos componentes de la vida social. Incluye la denuncia contra el imperio de los que se valen de la globalización para imponer las reglas del mercado, creando mayor desigualdad.

La dimensión integradora —afirma el Papa— tiene en cuenta a Dios para alcanzar la relación armónica y complementaria entre el cuerpo, el alma y la realidad comunitaria. En Cristo —Dios hecho hombre— se halla el modelo de servicio a los vulnerables y una propuesta de enriquecimiento de la dimensión personal que se concreta en la construcción social con carácter digno e incluyente.

En Jesús de Nazaret tanto lo humano como lo divino es asumido de manera plena, ofreciendo la clave de interpretación del auténtico desarrollo “que no perjudica ni a Dios ni al hombre porque asume toda la consistencia de ambos” (Francisco, 2017d, párr. 9).

La gran novedad que el Papa Bergoglio aporta frente a la tradición pontificia precedente —en cuanto a la promoción del desarrollo humano— consiste en abordar el problema no sólo desde el ámbito teórico, sino práctico y operativo, porque la caridad es dinámica y la fe se respalda en obras. Ante la urgencia de visibilización de hechos concretos de atención al prójimo procede a la creación de un nuevo Dicasterio, con misión y actividades específicas. El nacimiento de esta institución implica el reordenamiento de algunos organismos internos de la estructura de la Santa Sede “de modo que puedan responder a las exigencias de los hombres y las mujeres, a los que están llamados a servir” (Francisco, 2016e, párr. 1).

El Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral —fundado en 2016— es un órgano encargado de aplicar las consideraciones reunidas en las cartas encíclicas citadas anteriormente. Tiene como tareas la promoción de la caridad, la justicia, la paz, el cuidado de la creación y la salud integral. Brinda especial atención a los migrantes, refugiados, encarcelados, desempleados, víctimas de la trata de personas, afectados por desastres naturales y conflictos armados, dolientes por esclavitud y tortura. También se ocupa de la problemática relacionada con la pandemia global (COVID-19).

1.3.4. Institución de la Jornada Mundial de Oración para el Cuidado de la Creación

El Papa Francisco destaca la atención a la casa común o mundo natural como realidad que permite el acercamiento constructivo a otras confesiones cristianas y religiosas. Por medio de la institución de la Jornada Mundial de Oración para el Cuidado de la Creación, promueve el diálogo ecuménico y la tarea conjunta de diversas corrientes espirituales. Este hecho constituye una novedad frente a la tradición pontificia precedente.

En la carta firmada en agosto de 2015 y dirigida a los Cardenales Peter Kodwo Appiah Turkson y Kurt Koch, el Santo Padre comparte la misma inquietud con el Patriarca Bartolomé I en cuanto a la protección del medioambiente. Señala un objetivo común para cristianos católicos y ortodoxos: “[...] debemos ante todo extraer de nuestro rico patrimonio espiritual las motivaciones que alimentan la pasión por el cuidado de la creación [...]” (Francisco, 2015f, párr. 2).

La Jornada de Oración promovida por el Papa Francisco — celebrada desde 2016 cada 1 de septiembre— permite indagar respuestas comunes a los desafíos de la realidad actual, ofrecer testimonio creíble desde distintas confesiones de fe y coordinar actividades en favor del cuidado de la naturaleza promovidas por el Consejo Mundial de las Iglesias. Como resultado de este esfuerzo se ha establecido un tiempo anual que comprende 5 semanas —entre el 1 de septiembre y el 4 de octubre— denominado el “Tiempo para la creación”. Este espacio de reflexión permite denunciar los pecados contra la naturaleza y expresar, ante la crisis ambiental global, las vías posibles de solución.

La cultura del encuentro permite establecer plataformas dialógicas que manifiestan la misericordia del creyente frente a la casa común a partir de la vivencia de “[...] un momento intenso de oración, reflexión, conversión y asunción de estilos de vida coherentes” (Francisco, 2015f, párr. 4). El Papa propone el cambio de vida radical de la generación actual que conlleva la manifestación de actitudes y de comportamientos acordes con la protección de la naturaleza que se inspira en los modos de vida proféticos y contemplativos en los cuales se excluye el consumo desmedido como única condición de la existencia contemporánea.

En la tarea de construcción de un nuevo tipo de sociedad y cultura se requiere de la superación de la avidez financiera que deriva

1

2

3

4

—en diversas ocasiones— en consecuencias devastadoras para la vida personal y comunitaria. En cambio se necesita de un modo de vida más sobrio, responsable y comprometido en el cual la caridad impulsa nuevos tipos de acción.

Se espera como resultado una forma de vida más solidaria en la cual se reconoce y respeta cada creatura —destacando a cada persona en particular— para que sea posible el alcance del desarrollo sostenible e integral. Esta forma de coexistencia armónica y constructiva evidencia la condición cooperadora del ser humano con Dios, autor de todos los bienes. El Papa considera fundamental que el creyente expanda su posibilidad de aporte moral en la preservación del orden natural al “[...] proponer un complemento a las dos listas tradicionales de siete obras de misericordia, añadiendo a cada una *el cuidado de la casa común*” (Francisco, 2016f, N.º 5).

1.3.5. Promoción de la Jornada Mundial de los Pobres

Desde noviembre de 2016, en el marco de la clausura del año jubilar, por medio de la carta apostólica Misericordia et Misera fue instituida la Jornada Mundial de los Pobres. Este hecho se inscribe en el contexto de las nuevas formas de evangelización propuestas por el Papa Bergoglio y constituye un acontecimiento novedoso frente a la enseñanza social precedente. Forma parte integral de la denominada “cultura de la misericordia” que pretende renovar el rostro de la Iglesia a través de una profunda conversión pastoral.

Cada año en el Domingo XXXIII del tiempo ordinario y como preparación de la celebración de Jesucristo Rey del Universo, siervo de los pequeños y desfavorecidos, se invita a reflexionar sobre la realidad de la pobreza como núcleo del Evangelio. Esta celebración eclesial busca llamar la atención frente a los regímenes de indiferencia establecidos en la sociedad actual que generan exclusión y acentúan la desigualdad. Sentencia el Santo Padre que “[...] mientras Lázaro esté echado a la puerta de nuestra casa (Lc 16, 19-21), no podrá haber justicia ni paz social” (Francisco, 2016i, N.º 21).

El auténtico desarrollo humano implica la superación de condiciones de marginación y el alivio de los rostros dolientes de los

explotados por estructuras opresoras que persiguen intereses económicos sin ningún criterio ético y cristiano.

Millones de seres humanos alrededor del mundo son “pisoteados por la lógica perversa del poder y el dinero”; se encuentran condenados a sufrir las consecuencias de “[...] la injusticia social, la miseria moral, la codicia de unos pocos y la indiferencia generalizada” (Francisco, 2017f, N.º 5).

Ante esta realidad dolorosa, el Papa Francisco convoca a la acción caritativa con carácter incluyente y universal, en virtud de que el creyente tiene la capacidad de propagar el bien —expresión del amor de Dios, Uno y Trino— en un proceso eficaz de intervención social en el que cada cual es aportante y protagonista. La tarea conjunta de recuperación de la dignidad del prójimo implica a todo tipo de persona y sirve de plataforma de encuentro constructivo en el orden ecuménico e interreligioso, potenciando la superación de contrastes sociales. El Santo Padre recomienda este camino de unidad en el amor de Cristo y declara benditas “[...] las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad” (Francisco, 2017f, N.º 5).

El acto de caridad —en favor de quien vive la pobreza— parte de la escucha atenta y conduce a la restitución de la dignidad perdida del hermano sufriente. Implica el empleo de las potencialidades humanas que se convierten en manifestación de la bondad divina en el camino hacia la santidad y logran posibilitar la integración del prójimo dentro de la sociedad a partir de la auténtica cercanía eclesial. Este servicio presenta carácter soteriológico porque el encuentro caritativo deriva en servicios de promoción humana que permiten la recuperación de la imagen de Dios deteriorada por la injusticia y el egoísmo. Es un proceso de redención inspirado en el ejemplo de Jesucristo, servidor de los necesitados, que sitúa la categoría del ser por encima de diversos criterios utilitarios y materialistas favoreciendo el empleo racional de recursos en favor de mejores condiciones de vida. Por tanto, se debe “dar a la riqueza su sentido justo y verdadero” a fin de experimentar crecimiento humanista que favorezca el establecimiento de puentes efectivos de solidaridad (Francisco, 2018c, N.º 9).

1

2

3

4

1.3.6. Expedición de mensajes pontificios en los Encuentros Mundiales de los Movimientos Populares

El Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz, presidido por el cardenal Turkson, celebró el Primer Encuentro Mundial de Movimientos Populares en octubre de 2014, para promover el debate en torno a los problemas sociales generados por la exclusión y la desigualdad. El evento —realizado en Ciudad del Vaticano— permitió el reconocimiento de la realidad de los pueblos marginados, situados en las periferias de la sociedad y reunir diversas fuerzas en la lucha contra las causas estructurales de la pobreza.

El Papa Bergoglio —en su exhortación a la asamblea— insiste en combatir “los destructores efectos del imperio del dinero” (Francisco, 2014c, párr. 5) y se pronuncia en favor de la existencia de un documento pontificio capaz de colectar el clamor de los pueblos azotados por la tiranía de sistemas políticoeconómicos que deterioran la calidad de vida de los pueblos postergados. El Santo Padre anuncia el lanzamiento de *Laudato si'*, asegurando que las “preocupaciones” expresadas por los líderes comunitarios estarán presentes en el texto magisterial (Francisco, 2014c, párr. 27).

Nunca un pontífice de la Iglesia católica había dirigido un discurso ante organizaciones populares, establecidas en todo el mundo, que buscan ser protagonistas de procesos de cambio social. Su enseñanza se presenta también en otros tres Encuentros Mundiales celebrados anualmente —hasta 2017— en Bolivia, Italia y Estados Unidos. En tales reuniones presenta el trinomio “Techo-Tierra-Trabajo” como realidades fundamentales del desarrollo comunitario, resaltando su carácter sagrado e inalienable. El Papa argentino asegura que la reclamación popular por la reivindicación de estas necesidades básicas se inspira en el principio de la justicia y es también componente de la Doctrina Social de la Iglesia (Francisco, 2014c, párr. 9).

Destaca el Santo Padre que los Encuentros Mundiales de Movimientos Populares no son producto de determinada ideología. Estos eventos buscan evitar la usurpación de derechos fundamentales de los pueblos que sufren con mayor rigor la pobreza y que se hallan en el centro del mensaje evangélico. Propone como método de intervención el conocimiento directo de la problemática popular en su contexto real. Si no se considera la verdad de las comunidades situadas en las periferias

“[...] las buenas propuestas y proyectos que a menudo escuchamos en las conferencias internacionales se quedan en el reino de la idea [...]” (Francisco, 2014c, párr. 6).

En el II Encuentro Mundial —organizado en Santa Cruz de la Sierra y que contó con la participación del presidente boliviano Evo Morales— el Santo Padre afirma que es urgente la superación de las injusticias y solicita a cada Diócesis el establecimiento de líneas de cooperación con las organizaciones populares existentes, en cuanto que los problemas de matriz universal reclaman un decidido cambio estructural. El pontífice argentino se pregunta “si somos capaces de reconocer que esas realidades destructoras responden a un sistema que se ha hecho global” (Francisco, 2015e, N.º 1). Lanza un reto a la comprensión verídica del estado actual de la problemática planetaria, al señalar que la búsqueda de la rentabilidad financiera ha conducido a la exclusión social y a la destrucción de los recursos de la naturaleza.

El Papa Francisco recomienda la sincera conversión de actitudes a fin de generar procesos de cambio sin esperar ávidamente la ocupación de los espacios de poder, manteniendo la resistencia activa al sistema que excluye y causa degradación. Plantea como fórmula de solución a la crisis que afronta el mundo entero el establecimiento de nuevas plataformas de relación geopolítica: “La globalización de la esperanza, que nace de los pueblos y crece entre los pobres, debe sustituir a esta globalización de la exclusión y de la indiferencia” (Francisco, 2015e, N.º 1).

En noviembre de 2016 asistieron delegaciones de más de 60 países al III Encuentro Mundial —celebrado en Ciudad del Vaticano— que tuvo como invitado al líder uruguayo José Mujica.

El Santo Padre describe en su discurso el itinerario para alcanzar la gestación de una comunidad global, solidaria e incluyente, que se caracteriza por ubicar la economía al servicio de los pueblos y mantener procesos de construcción de paz que incluyen la defensa de los recursos naturales (Francisco, 2016h, párr. 3). En esta tarea los Movimientos Sociales presentan singular importancia al distinguirse de las estructuras políticas convencionales y participar de forma vigorosa en la vida pública con relevancia internacional.

En el mensaje dirigido a los Movimientos Populares congregados en Modesto, California, el Santo Padre señala en 2017 dos posibles escenarios futuros ante la crisis que afronta el planeta. Puede suscitarse

1

2

3

4

la tendencia negacionista del valor personal y rechazarse la senda humanista que caracteriza al Evangelio de Jesús o se toma la decisión de iluminar el mundo con el testimonio creíble del amor a los hermanos que provoca el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad más pacífica, justa y equitativa (Francisco, 2017b, párr. 8).

Luego de ofrecerse la visión general de la enseñanza social de los pontífices de las dos primeras décadas del siglo XXI en relación con su realidad geopolítica, se presentan en el siguiente capítulo los aportes más destacados al respecto de Juan Pablo II en la última etapa de su ministerio petrino, y de Benedicto XVI, con la debida interpretación teológica.